

Reseñas

Juan de la Encina, *La trama del arte vasco.*—
Bilbao: Museo de Bellas Artes de Bilbao, 1998. Edición
facsimilar de la de 1919 con introducción de Miriam Alzuri.

El Museo de Bellas Artes de Bilbao ha editado en edición facsimilar *La trama del Arte Vasco*, texto que fue editado en 1919 por Editorial Vasca. La publicación de ahora viene a propósito de la exposición *Juan de la Encina y La Trama del Arte Vasco*, que entre octubre y diciembre ha mostrado cuarenta y cuatro obras y diverso material (cartas, libros, folletos, fotos, documentos, periódicos, revistas, etc.) sobre la labor que desempeñó Juan de la Encina. Para esta exposición se ha editado también un magnífico trabajo de Miriam Alzuri que recoge la hasta ahora mejor biografía que sobre el crítico e historiador bilbaíno se ha hecho.

Juan de la Encina fue el seudónimo que utilizó el crítico e historiador del arte Ricardo Gutiérrez Abascal (Bilbao 1883-México 1963). Comenzó trabajando con colaboraciones en *El Nervión*, *El Liberal*, *El Coitao*, y después de una estancia en Alemania se instaló en Madrid donde continuó su labor crítica en *El Sol*, *La Voz*, *España*, etc. Fue el último director del Museo del Prado antes de la dictadura, y en 1938 se exilió en México donde centró su labor en la docencia universitaria. De una vasta cultura artística conoció bien la pintura española, especialmente el barroco y la obra de Velázquez, El Greco, Ribera, Zurbarán, Goya, y el arte de su tiempo, ya fuera el que se hacía en España o en Francia, Alemania e Italia.

Pero volvamos a *La Trama del Arte Vasco*. Este libro ha sido unánimemente considerado por todos los estudiosos del arte vasco contemporáneo como el principio de la historiografía artística vasca. Muchas circunstancias hacen de este texto un libro fundamental para entender el llamado "arte vasco". El autor conoció bien, y con muchos mantuvo estrechas relaciones, a los artistas de la primera época: Ignacio Zuloaga, Manuel Losada, Adolfo Guiard y Dario de Regoyos -los dos últimos ya fallecidos cuando el libro salió-, y a los que comenzaban a cosechar un reconocimiento público: Angel Larroque, Juan de Echevarría, Alberto Arrue, Aurelio Arteta, Gustavo de Maeztu, los hermanos Zubiaurre, por citar sólo a algunos pintores. El conocimiento que Juan de la Encina poseía de estos artistas y las influencias que establece de sus obras queda de manifiesto a lo largo de las páginas de *La Trama*. Un segundo aspecto de vital importancia fue el conocimiento que J. de la E. tenía del arte más allá de las fronteras vascas. Esta circunstancia le llevó a no caer en un provincianismo que luego se ha extendido en muchas ocasiones, sino muy al contrario a ver en la pintura de los artistas vascos un espíritu plenamente castizo. De esta forma muy gráfica lo expresaba: «*el artista vasco de nuestro tiempo es de todos los artistas peninsulares quien está más cerca del espíritu castizo de nuestro arte nacional*» (p. 2). El planteamiento era muy claro. Sin una tradición artística local los artistas vascos tuvieron que ir allí donde existía, esto es, Madrid, París y Bruselas, y lo que en los tres lugares encontraron fue la tradición artista española.

Una tercera cuestión es el momento en el que se escribió el libro. A fines de la segunda década se vivía en Bilbao un ambiente de efervescencia cultural. Las ediciones de revistas y libros eran tan numerosas como las exposiciones que se celebraban de la mano de la Asociación de Artistas Vascos, Círculo de Bellas Artes, Majestic Hall, Casa Lux, Casa Delclaux, Hotel Carton, etc. En este contexto salió el libro *La Trama del Arte Vasco*, y a tenor de las críticas elogiosas que recibió ni pasó desapercibido ni sus planteamientos cayeron en saco roto. Pero no nos engañemos, este ambiente no aparece reflejado en *La trama* porque sencillamente es ajeno a él. Juan de la Encina parte en buena medida de la generación del 98 y de los que siguiendo a Ortega y Gasset observaban el carácter español formado por

individualismos, tipos genéricos, corporativos y gregarios. Juan de la Encina da una vuelta de tuerca y aún asumiendo ese panorama también observa que de la masa apelmazada e inerte de la vida española surgen «*personalidades anárquicas que poseen un alto valor estético, ya que no social*» (p. 18). A medida que consumimos las páginas de *La trama*, lo que vamos viendo con claridad es el pulso entre la tradición y la modernidad que sostuvieron los artistas vascos.

Un aspecto de gran importancia que planteó J. de la E. fue el de los orígenes y influencias del arte vasco. Sobre este eje se puede afirmar que planea todo el entramado de su texto, y curiosamente sus conclusiones son en muchos aspectos actualidad. Para J. de la E. en el arte español hay una amplia zona que rebasa el concepto de nacionalidad y en gran medida ésta fue la que incorporaron una buena parte de los artistas vascos en sus obras. Pero por otro lado J. de la E. veía que los artistas vascos habían tomado su principal fuente de inspiración de la tradición española, del que el ejemplo más palpable era el de Ignacio Zuloaga y Manuel Losada. Junto a esta línea, o de forma paralela, J. de la E. incidió en otra influencia, la del arte francés surgido del impresionismo evidente en la obra de Adolfo Guiard, Darío de Regoyos, Francisco Iturrino, Juan de Echevarría, Aurelio Arteta y Paco Durrio. Al final J. de la E. señala que «*en la paleta vasca se libra tácita pelea entre los colores primarios del impresionismo y los negros ocre de la paleta clásica española. Según predomine en ellos uno u otro sistema, podrán clasificarse los artistas vascos... también hay otros artistas que propenden a pactar con las dos formas*» (p. 35); y a este último grupo adscribe a la mayor parte de los artistas vascos.

Hay en Juan de la Encina un sentimiento pesimista respecto al arte vasco. El epílogo es muy elocuente. Ve que los artistas vascos se han malogrado o van en camino de malograrse. ¿Por qué? Porque en el País Vasco no existía un ambiente propicio a su desarrollo y sostenimiento, y porque se prefiere a los escamoteadores y horros de espiritualidad. Reflexión realizada hace 80 años. Y Juan de la Encina concluye: «*sin ambiente social favorable, las artes no pueden florecer. Como los almendros en las primaveras prematuras, echarán de sí algunas flores engañosas, condenas a no fructíferar...*»

Agustín Gómez Gómez